

Alejandría
Historia y guía
E. M. FORSTER

Introducción de
LAWRENCE DURRELL

Traducción de Jordi Beltrán Ferrer

gatopardo ediciones 

Título original: *Alexandria*
by E. M. Forster

© The Provost and Scholars of King's College, Cambridge, 1922

© de la introducción: Lawrence Durrell, 1982

Reproducido con permiso de Curtis Brown Group Ltd, Londres
en representación de The Beneficiaries of the Literary Estate
of Lawrence Durrell

© de la traducción y revisión: Jordi Beltrán Ferrer, 1984, 2016

© de esta edición: Gatopardo ediciones, 2016

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2016

Diseño de la colección y de la cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Hotel Majestic, Alejandría, 1915.

Fotografía de la Colonia americana de Jerusalén, entre 1934 y 1938.

Imagen de interior:

Place Mohammed Ali, Alejandría, alrededor de 1910,

de autor desconocido.

Imagen de la solapa:

E. M. Forster alrededor de 1940, de autor desconocido.

ISBN: 978-84-945100-3-8

Depósito legal: B-19153-2016

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Place Mohammed Ali, Alejandría, alrededor de 1910.

*Si un hombre va en peregrinación por Alejandría
por la mañana, Dios hará para él una corona de oro,
engastada con perlas, perfumada con almizcle y
alcanfor y reluciente de Oriente a Occidente.*

IBN DUKMAK

*A cualquier visión hay que aplicar un ojo adaptado
a lo que debe verse.*

PLOTINO

A G. H. L.

INTRODUCCIÓN A LA NUEVA EDICIÓN

LAWRENCE DURRELL

La presente guía es algo más que una simple obra de devoción literaria dedicada a esa ciudad extraña y evocadora a la que llamamos Alejandría: a su modo es una pequeña obra de arte, pues contiene ejemplos de la mejor prosa de Forster, además de toques acertados que sólo podían surgir de la pluma de un novelista de gran talento como él. Uno se da cuenta de que el autor, atrapado aquí durante la Primera Guerra Mundial, debió de sentirse profundamente feliz, quizá profundamente enamorado, puesto que su *joie de vivre* se percibe en cada una de las afectuosas líneas que escribió, y apenas hay un solo aspecto de los numerosos estados anímicos y matices cromáticos de la ciudad que no fuera captado por su mirada observadora y su pluma exigente. Paradójicamente, si es ésta la palabra idónea, en todo el libro prevalece un sentimiento de soledad, la soledad de un hombre cultivado que habla consigo mismo, que pasea en solitario. («La mejor forma de ver la ciudad es paseando por ella sin rumbo fijo», nos aconseja, lo que es perfectamente cierto.) Una vez superada la primera sensación de extrañamiento, la mente se relaja al descubrir Alejandría, la ciudad de ensueño, puntal y refuerzo del puerto mediterráneo, pequeño y más bien vulgar, que se muestra

ante los ojos de los no iniciados. Incluso hoy en día desempeña, con cierta indiferencia, el papel de segunda capital de Egipto, único alivio para quienes residen en El Cairo, ese espejo ustorio transformado en ciudad y aprisionado entre desiertos. Alejandría se abre ante un mar soñador, y sus olas homéricas se forman y rompen impulsadas por las frescas brisas procedentes de Rodas y el Egeo. Desembarcar en ella es como dar un salto en el vacío porque enseguida percibes, no sólo la ciudad llena de resonancias griegas que se alza ante ti, sino también su telón de fondo de desiertos que se extienden hacia el corazón de África. Es un lugar para separaciones dramáticas, decisiones irrevocables, últimos pensamientos; todo el mundo se siente incitado hacia lo extremo, hacia el límite de su capacidad de resistencia. Las personas se convierten en monjes o monjas, en seres voluptuosos o solitarios, sin previo aviso. Aquí las personas que sencillamente desaparecen son tantas como las que mueren abiertamente. La ciudad no hace nada. No oyes nada salvo el ruido del mar y los ecos de una historia extraordinaria.

A Forster y sus congéneres solíamos considerarlos como estilistas de la «edad de plata». Era fácil seguir su linaje desde Swift. Era un linaje que significaba lucidez, transparencia y fineza. Tenía mordacidad pese a ser elegante sin esfuerzo. Uno piensa en Strachey, en Norman Douglas —especialmente en este último, que prestó a Capri el mismo servicio que Forster rindió a Alejandría al escribir esta guía—, ¡aunque aquélla comienza con un estudio geológico de la mismísima tierra! Sabe Dios qué resultados daría un estudio parecido en el caso de Alejandría, en una tierra tan repleta de preciosas reliquias históricas.

Yo llegué en 1941, veintitrés años después de escribir Forster este libro y ocho de morir Constantino Kavafis, el gran amigo poeta de Forster. Como por arte de magia, no

alcancé a detectar ningún cambio. Durante dos años pude pasearme por las páginas de esta guía, utilizándola tan piadosamente como merece que se la utilice y tomando prestados muchos de sus destellos de sabiduría para engrosar con ellos las notas para el libro que yo mismo confiaba en escribir algún día. Por lo que pude ver, el único cambio verdadero era la silla vacía en el café favorito del poeta; sin embargo, el círculo de amistades permanecía intacto, hombres como Malanos y Petrides, que más adelante escribirían libros sobre su singular amigo. También ellos habían vislumbrado la ciudad fantasma que yacía debajo de la ciudad cotidiana. No obstante, para la mayoría de la gente, Alejandría era una ciudad de mala muerte sin otros atractivos que bonitas playas para bañarse y numerosos restaurantes franceses. «¡No hay nada que merezca verse!», repetían incesantemente; y también esto era cierto. La Columna de Pompeyo era una calamidad estética, el antiguo emplazamiento del Faro no podía visitarse y la tumba de Alejandro había desaparecido bajo un millar de conjeturas. Sin embargo, para muchos de nuestros marineros seguía siendo Eunostos, el «puerto del buen regreso», como lo había sido en tiempos de Homero.

El autor nos proporciona una crónica del proceso que culminó con la publicación de este libro, un proceso un tanto complejo; lo publicó un impresor que carecía de los canales de distribución habituales. Como consecuencia de ello, era difícil de obtener, e incluso la segunda edición, que apareció en 1938, no se encontraba en las librerías. Valiéndome de una serie de triquiñuelas, me las ingenié, a pesar de todo, para hacerme con un ejemplar. Durante años lo llevé conmigo y escribí en él numerosas anotaciones sobre el terreno. Era un compañero de valor incalculable, tan valioso como *The Modern Egyptians*, de Lane, lo fue en El Cairo. Al empaquetarlos para su envío a una universidad

americana, observé en ellos leves manchas de sudor, señal inconfundible del ardor con que los leí y releí.

Pero, por supuesto, la Alejandría clásica nunca está en entredicho, salvo como eco histórico. ¿Cómo podría estarlo? Con la llegada de Amr y su caballería árabe, la famosa ciudad resplandeciente se sumió en el olvido; las dunas de arena la invadieron y acabaron cubriéndola. Entre Amr y Napoleón mediaban casi mil años de silencio y abandono. Había sido una especie de artefacto, surgido del capricho del Alejandro adolescente, que no se había quedado para presenciar cómo la construían, pero cuyo cuerpo había sido traído de nuevo a la ciudad para ser enterrado en su centro, transformándose así en su dios tutelar. El despacho que Amr envió al califa de Arabia alude, con hermosa concisión, a la conquista de la ciudad. «He tomado una ciudad de la que sólo puedo decir que contiene 4.000 palacios, 4.000 baños, 400 teatros, 1.200 verduleros y 40.000 judíos.» Cuando Forster desembarcó en 1915 no quedaba, para recibirle, ni rastro de esta compleja belleza, pero la pequeña ciudad que repartía sus favores entre griegos, franceses, italianos, británicos y otras naciones mercantiles soportaba muy bien la comparación con una pequeña localidad de veraneo francesa como Saint Tropez o con una levantina como Beirut. Había en ella buenas escuelas aparte del Gimnasio griego; había incluso una escuela privada británica que tenía mucho que ver con el excelente inglés que se hablaba en la ciudad.

Es desalentador seguir la historia hasta 1977, fecha de mi última visita a la ciudad, ya que gran parte de lo que quedaba ha desaparecido junto con la población extranjera dedicada al comercio. ¡Se consideraba normal que un *commerçant* alejandrino hablase cinco idiomas! Esta gente ha desaparecido y el puerto es ahora un simple cementerio sin ninguna señal de vida y movimiento que lo anime. El

largo flirteo de Nasser con el comunismo había surtido el inevitable efecto embotador. La indumentaria azul, al estilo chino, de las universitarias resulta bastante atractiva al principio, pero pronto aburre. Distráido, desanimado, el moderno comerciante atiende hoy a sus quehaceres sin gran entusiasmo. Los cafés siguen ostentando sus nombres inmortales: Pastroudis, Baudrot; pero no hay clientes y, por ende, en ellos no brillan las luces ni suena la música. Ya no quedan carteles y anuncios extranjeros, todo está en árabe; en nuestros tiempos, los carteles de cine se imprimían en varios idiomas con subtítulos en árabe, por así decirlo. Hoy impera una uniformidad plúmbea. Es exasperante comprobar que ahora todos los medicamentos de las farmacias se conocen por sus nombres árabes. ¡Pruebe a obtener aspirinas o pastillas para la garganta y ya verá!

Durante una semana me alojé en la vieja y conocida habitación del Cecil, despojado ahora de todas sus galas, que resonaba como un granero vacío cuando el viento marítimo se colaba por debajo de las puertas y las ventanas; reflexioné sobre el exilio en general y sobre el mío propio en particular. Cuando llegué aquí no había motivos para suponer que la guerra terminaría algún día, que algún día yo abandonaré Egipto. Fue una suerte para mí ser un hombre que, por su origen y herencia, no tenía raíces, un hombre nacido en las colonias. Llama la atención que Forster, hombre de sólidas raíces inglesas, respondiera a su propio exilio de un modo tan positivo, echando raíces nuevas en este suelo desconocido. Nosotros hemos salido ganando.

El piso antiguo que Kavafis ocupara en otro tiempo es ahora una pequeña pensión como las que salen en muchas novelas sobre Oriente Medio, modesta y un tanto sórdida. Pero sus libros y sus muebles se han salvado y los conservan muy bien en un pequeño museo, creado especialmente a tal efecto, en el último piso del Consulado griego. Para

visitarlo hay que tomar el pequeño tranvía traqueteante y ruidoso de antaño, con su festón de pasajeros colgantes que desaparecen cuando asoma algún revisor. Resulta maravilloso, la pequeña habitación de Kavafis reproducida en el espacioso edificio consular. Aquí puedes sentarte ante el escritorio sobre el cual su mano escribió aquellos famosos poemas: «Ítaca», «Esperando a los bárbaros», «El dios abandona a Antonio», o el mejor de todos, «La Ciudad», que constituye su verdadero monumento a la moderna Alejandría. Puedes curiosear entre sus libros; uno tiene la sensación de que no poseía muchos. Y todo ello lo haces sentado en las sillas y sofás, bastante incómodos, de estilo neobizantino, que a la sazón estaban de moda en las casas de la clase media. Es una lástima que el único busto del poeta sea anodino. Pero, en general, es un tributo digno al gran alejandrino.

Así pues, Alejandría ha caído una vez más en el olvido, y el lector me perdonará si digo que la ciudad actual me deprime de manera indecible, sobre todo cuando pienso en los tesoros de El Cairo o en el tremendo estallido de vegetación y monumentos antiguos que dan resonancia al Alto Egipto. Quizá alguna feliz circunstancia vendrá a renovar otra vez el manantial secreto y lo hará atractivo para una nueva generación de poetas. Apolonio, Teócrito, Kavafis te animan a creer en semejante futuro a pesar de lo que hoy se muestra ante tus ojos.

INTRODUCCIÓN DE E. M. FORSTER A LA EDICIÓN DE 1961

Se han hecho ya dos ediciones de este libro. He aquí la tercera y con ella la oportunidad de que yo les cuente un cuento insignificante pero complejo.

El texto de la primera edición (el que aquí se reproduce) lo escribí durante la Primera Guerra Mundial cuando me destinaron a Alejandría tras alistarme voluntariamente en la Cruz Roja. Llegué en el otoño de 1915, presa de un ligero espíritu heroico. Se cernía sobre nosotros la amenaza de una invasión turca y, pese a no ser militar, podía encontrarme en la línea de fuego. Pasó la amenaza y mi estado anímico cambió. Lo que antes era un puesto avanzado pasó a ser algo que se parecía sospechosamente a un refugio para cobardes. Me vi atrapado durante más de tres años, visitando hospitales, recogiendo datos y escribiendo informes. «Es usted una persona de una perseverancia extraordinaria», me dijo una vez con sarcasmo un detestable coronel de la Cruz Roja. Tenía razón. Y no me atreví a replicarle que, para construir un mundo, las personas perseverantes son tan necesarias como los arribistas.

También yo llevaba una especie de uniforme de oficial, aunque me permitían quitármelo de vez en cuando. Y así fue como percibí la magia, la antigüedad y la complejidad de la ciudad, y decidí escribir sobre ella. Se me

ocurrió hacer una guía. Siempre he respetado las guías —especialmente las primeras Baedeker y Murray— y procuré que en la mía hubiera también un poco de historia; para ello utilicé una técnica que explico en el prólogo. Me alentaron mis amigos, entre los cuales había a la sazón ingleses, griegos, americanos, franceses, italianos, noruegos, sirios, egipcios, pues me había introducido un poco en la vida levantina. Y no paraba de tener visiones mientras iba de un lado a otro en tranvía o a pie, o me bañaba en el mar delicioso. Por ejemplo, multiplicaba por cuatro la altura del fuerte de Kait Bey y, de esta manera, me hacía una idea de cómo era el Faro o Pharos que se alzaba en el mismo sitio. En el cruce de las dos calles principales erigía yo la tumba de Alejandro Magno. Con la imaginación seguía a Alejandro hasta Siwa, el oasis de Júpiter Amón, donde le saludaron como Hijo de Dios. Y también seguía a los monjes hasta el desolado Wadi Natrum, donde salieron para asesinar a Hipatia.

Todo lo cual estaba muy bien; pero ¿cómo lograría que me publicasen el libro?

Tuve entonces un asombroso golpe de buena suerte.

Hay, o, mejor dicho, había en la Rue Chérif Pacha (si así se llama todavía) un comercio de aspecto modesto. Era una papelería. Pero, en realidad, era la sucursal en Alejandría de una importante imprenta londinense: Whitehead Morris, de Tower Hill. El gerente local, míster Mann, oyó hablar de mi proyecto y le pareció interesante, aunque se apartaba de su línea de trabajo. Hubo numerosos retrasos y algunas discrepancias, pero finalmente el libro salió después de la guerra, cuando yo había regresado ya a Inglaterra, en 1922.

Poco después de su publicación ocurrió una catástrofe. Un incendio en el almacén destruyó casi toda la edición; por eso son tan raros los ejemplares de ella.

Fue un desastre lamentable y, después de unos años, cuando pasé por Alejandría procedente de África del Sur, me extravié al salir de la nueva estación del ferrocarril. ¡Qué experiencia más humillante para el autor de una guía! ¡Perderme en mi propia ciudad! Pensé entonces que era necesaria una nueva edición, aunque no se oía a nadie pidiéndola a gritos, ni yo podía encargarme de prepararla. Pero en un aspecto no había cambiado Alejandría: seguía siendo la ciudad de los amigos que estaban dispuestos a dejar desinteresadamente su propio trabajo para hacer algo por los demás. Actualizaron la parte del libro dedicada a la «guía», para lo cual visitaron todos los sitios y objetos que en ella se mencionan, y corrigieron los disparates más graves que yo había cometido en la parte «histórica». Esta edición se publicó en 1938, también bajo los auspicios de la sucursal alejandrina de la firma Whitehead Morris. No se vendió bien, quizá porque la Segunda Guerra Mundial estalló al año siguiente. Resulta difícil encontrar ejemplares. Los amigos en cuestión sugirieron que se hiciera una nueva edición (local) y señalaron la necesidad de modificar algunas cosas, ya que, de lo contrario, el libro podía ofender el espíritu nacional de los egipcios. Tenían toda la razón. Cuesta encontrar un espíritu nacional que no se sienta ofendido por el libro. La única que no debería ofenderse es la propia Alejandría, que en sus dos mil años de existencia nunca se ha tomado demasiado en serio el espíritu nacional de unos u otros.

Y esto me lleva a Kavafis. Una de las grandes alegrías de aquellos años fue mi amistad con el gran poeta griego que de un modo tan profundo transmite la civilización de su ciudad elegida. C. P. Kavafis no era entonces muy conocido y la traducción de «El dios abandona a Antonio», obra de nuestro amigo George Valassopoulo, representa su primera aparición en inglés. Desde entonces se ha traducido

toda su obra y se le han tributado numerosos elogios: por ejemplo, los de alguien que se enamoró más tarde de Alejandría, Lawrence Durrell. La segunda edición de este libro se la dediqué a Kavafis después de su muerte.

La primera edición iba dedicada a G. H. Ludolf, una de las muchas personas que me ayudaron.

La presente edición aparece por gentileza de Walter & Whitehead, Ltd., representantes de Whitehead Morris.

Finalmente, deseo señalar que esta guía no es mi único tributo a Alejandría. Existe también *Pharos and Pharillon*, un volumen de ensayos publicado en 1923 por las editoriales A. Knopf, en Estados Unidos, y por Hogarth Press, en Inglaterra, respectivamente.

E. M. FORSTER
Cambridge, Inglaterra, 1960

PRÓLOGO

Este libro está estructurado en dos partes: una Historia y una Guía.

La «Historia» intenta (a modo de procesión de hechos históricos) poner en orden lo sucedido en Alejandría durante los dos mil doscientos cincuenta años de su existencia. Empezando por la figura heroica de Alejandro Magno, pasa luego revista a la dinastía de los Ptolomeos y, en especial, a la vida del último de sus miembros: Cleopatra; a ello le sigue una descripción de la literatura y la ciencia ptolemaicas, con la que se cierra este periodo espléndido al que he denominado «grecoegipcio». El segundo periodo, llamado «cristiano», se inicia con la dominación romana, y estudia las vicisitudes del cristianismo, primero como perseguido y luego como perseguidor: todo se echa a perder cuando, en el año 641, el patriarca Ciro entrega Alejandría a los árabes. Viene a continuación un interludio —«La ciudad espiritual»— en el que se medita sobre la filosofía y la religión alejandrinas, tanto paganas como cristianas: me pareció mejor separar estos temas, en parte porque interrumpen el desarrollo histórico principal, en parte porque no interesan a muchos lectores. La historia se reanuda con el periodo árabe, que no tiene ninguna importancia, si bien dura más de mil años, de Amr a Napo-

león. Con Napoleón empieza el «periodo moderno», cuyo rasgo principal es la construcción, bajo los auspicios de Mehemet Alí, de la ciudad que vemos ahora: la procesión concluye, del mejor modo posible, con una crónica de los acontecimientos de 1882 y conjeturas sobre las realizaciones municipales futuras.

La «Historia» se divide en secciones cortas y, al final de cada una de ellas, se remite al lector a la segunda parte, es decir, a la «Guía». En estas remisiones estriba la utilidad principal del libro, así que ruego al lector que las tenga especialmente en cuenta: pueden ayudarle a enlazar el presente con el pasado. Supongamos, por ejemplo, que ha leído cosas sobre el Faro en la parte histórica: al final de la sección se le remitirá al fuerte de Kait Bey, donde se alzaba el Faro, a Abusir, donde hay una reproducción en miniatura del mismo, y a la sala numismática del museo, donde aparece en las monedas de Domiciano y Adriano. O supongamos que la trágica suerte de Hipatia le ha conmovido: al final se le remitirá al Caesareum, escenario del asesinato de Hipatia, y a Wadi Natrum, donde solían residir los monjes que la asesinaron. O las victorias británicas de 1801: el libro le remitirá al territorio que cruzaron nuestras tropas, al monumento a Abercrombie en Sidi Gaber, y a la lápida sepulcral que hay en el patio del Patriarcado griego. Las «vistas» de Alejandría no son interesantes en sí mismas, pero nos fascinan cuando nos acercamos a ellas desde el pasado, y esto es lo que he procurado hacer al desdobl原因 el libro en una «Historia» y una «Guía».

La «Guía» no necesita introducción. La he escrito de modo que resulte práctica y pueda usarse sobre el terreno. La acompañan diversos mapas y planos. La ciudad se divide en secciones, y el visitante partirá siempre de la plaza. Otras secciones se ocupan de las afueras y de la región circundante hasta Rosetta en el este y Abusir en el oeste.

Al transcribir los nombres arábigos, he preferido el sistema francés: hay tres sistemas ingleses, cada uno de ellos respaldado por un departamento gubernamental que rivaliza con los otros, de modo que el sistema francés me parece más fiable, y si no me atengo escrupulosamente a él, no hago otra cosa que seguir, si bien a cierta distancia, el ejemplo del municipio de Alejandría. Aquí y allí se ha colado en la guía un poco de historia, especialmente en el caso de Abukir, cuyos avatares, pese a depender de Alejandría, presentan rasgos propios.

FUENTES

Que yo sepa, no existe ninguna obra monográfica sobre Alejandría, y si bien este libro no pretende aportar datos originales, sí contiene gran cantidad de información que hasta ahora se hallaba dispersa. He consultado las siguientes obras, entre otras (las señaladas con un asterisco se han publicado en Alejandría):

A. HISTORIA:

Periodo ptolemaico: Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*.
Obra erudita y deliciosa en cuatro volúmenes.

Literatura ptolemaica: A. Couat, *La Poésie Alexandrine*; bien escrita. *Theocritus*, traducción de A. Lang.

Periodo cristiano: no existe ninguna obra satisfactoria.
S. Sharpe, *History of Egypt until the Arab Conquest*, puede consultarse el volumen 2; también Gibbon, capítulos 21 y 47. Mrs. Butcher, *The Story of the Church in Egypt* contiene mucha información, aunque carece de sentido crítico y es difusa.

Conquista árabe: A. J. Butler, *The Arab Conquest of Egypt*.
Monografía muy meritoria, brillantemente escrita, que reconstruye el episodio de la conquista con gran riqueza de detalles.

Pensamiento judío: E. Herriot, *Philon le Juif*.

Neoplatonismo: diversas obras. Hay una lúcida introducción a Plotino en S. McKenna, *Translation of the Enneads*, volumen 1; se sigue trabajando en esta admirable traducción. *Porphyry's Letter to Marcella* (traducción de A. Gardner) también es interesante.

Teología cristiana: véase «Periodo cristiano». A los Padres de la Iglesia se les puede leer en la *Ante-Nicene Christian Library*.

Periodo árabe: demasiado oscuro para poseer historia.

Guerras napoleónicas: Mahan, *The Influence of Sea Power upon the French Revolution*, capítulos 9 y 10. R. T. Wilson, *History of the British Expedition to Egypt*. Véase también Abukir.

Historia moderna en general: D. A. Cameron, *Egypt in the Nineteenth Century*. Libro bien escrito del ex cónsul general en Alejandría; contiene una buena descripción de Mehemet Alí. También son útiles las obras de lord Cromer, W. S. Blunt y sir V. Chirol.

Sucesos de 1882: C. Royle, *The Egyptian Campaigns*.

Cabe citar aquí una o dos novelas y obras de teatro que tratan de la historia. La vida de Cleopatra ha inspirado dos tragedias nobles: *Antonio y Cleopatra*, de Shakespeare, y *All for Love*, de Dryden. La obra maestra de Dryden debería ser más conocida; es muy conmovedora, está admirablemente construida y contiene algunas escenas magníficas. Una novela de Pierre Louÿs, *Aphrodite*, también trata de este periodo, pero con un perfumado estilo parisino. Anatole France, en *Thaïs*, describe la vida en el siglo IV d.C.; los detalles son tan vívidos como exactos y componen una obra de arte perfecta. Para los inicios del siglo V, debemos destacar *Hypatia*, de Charles Kingsley, vigorosa narración acerca de la contienda final entre el paganismo y el cristianismo; Kingsley siempre es ameno, pero su cerebro poco dado a sutilezas era incapaz de comprender Alejandría. Dos bue-

nas novelas de Marmaduke Pickthall, *Said the Fisherman* y *Children of the Nile*, tratan ligeramente acontecimientos del periodo moderno.

B. GUÍA:

*E. Breccia, *Alexandrea ad Aegyptum*. En francés: se anuncia una traducción inglesa. Trata principalmente de las antigüedades clásicas. Dos secciones: la primera sobre los restos de la ciudad y sus alrededores; la segunda, sobre el Museo Grecorromano, cuyo distinguido conservador es el profesor Breccia. Estoy en deuda con este libro excelente y erudito, especialmente con las secciones siguientes: Museo Grecorromano, catacumbas de Anfuchi y Kom el-Shugafa, Serapeum, Abusir.

Puerto prehistórico: *G. Jondet, *Les Ports submergés de l'ancienne Île de Pharos*. Monografía del descubridor. Magníficos mapas.

Faros y fuerte de Kait Bey: H. Thiersch, *Pharos: Antike, Islam und Occident*. Monografía clásica, si bien con los defectos, además de los méritos, propios de la erudición alemana.

Canope y Abukir: *J. Faivre, *Canopus, Menouthis, Aboukir*. Publicada en francés e inglés. *R. D. Downes, *A History of Canopus*. Estos excelentes opúsculos se complementan entre sí, ocupándose el primero de los datos aportados por la literatura y el segundo, de la tipografía.

Rosetta: *Max Herz Bey, *Les Mosquées de Rosette* (varios artículos en los *Comptes Rendus* del Comité de Conservation des Monuments Arabes).

San Menas: *C. M. Kaufmann, *La découverte des sanctuaires de Ménas*. Por el excavador.

Monasterios de Natrum: A. J. Butler, *The Ancient Coptic Churches of Egypt*.

De entre los numerosos amigos que me han ayudado, quisiera expresar mi agradecimiento especial a los siguientes: George Antonius por su ayuda con respecto a unos edificios interesantes pero poco conocidos: las mezquitas de Alejandría; M. S. Briggs por su ayuda en la sección dedicada a Rosetta; doctor A. J. Butler por permitirme reproducir dos planos de las iglesias de Natrum; C. P. Kavafis por permitirme publicar uno de sus poemas, y G. Valassopoulo por la traducción del mismo; el reverendo R. D. Downes por su ayuda en Abukir; R. A. Furness por la traducción de los versos de Calímaco y otros poetas griegos; G. Jondet, director de Puertos y Faros, por acompañarme a ver su fascinante descubrimiento, el puerto prehistórico, y por poner a mi disposición su incomparable colección de mapas y vistas, de los cuales he reproducido dos; y, sobre todo, G. H. Ludolf, a cuya sugerencia se debe el presente libro, que sin su ayuda nunca se habría completado. Jamás olvidaré la amabilidad de la que he sido objeto en Alejandría, y en modo alguno apruebo el juicio de mi predecesor, el poeta Gelal ed Din ben Mokram, que dijo la siguiente monstruosidad:

El visitante de Alejandría nada recibe a guisa de hospitalidad.

Excepto un poco de agua y una crónica de la Columna de Pompeyo.

Los que desean tratarle muy bien llegan al extremo de ofrecerle un poco de aire fresco
y de decirle dónde está el Faro.

También le instruyen acerca del mar y sus olas,
añadiendo una descripción de las grandes naves griegas.
No hace falta que el visitante aspire a recibir un poco de pan,
pues a una solicitud de esta clase no hay respuesta alguna.

Circunstancias ajenas a mi voluntad han demorado la publicación del libro, pero, con la ayuda de varios amigos, he procurado actualizar la «Guía» en la medida de lo posible.

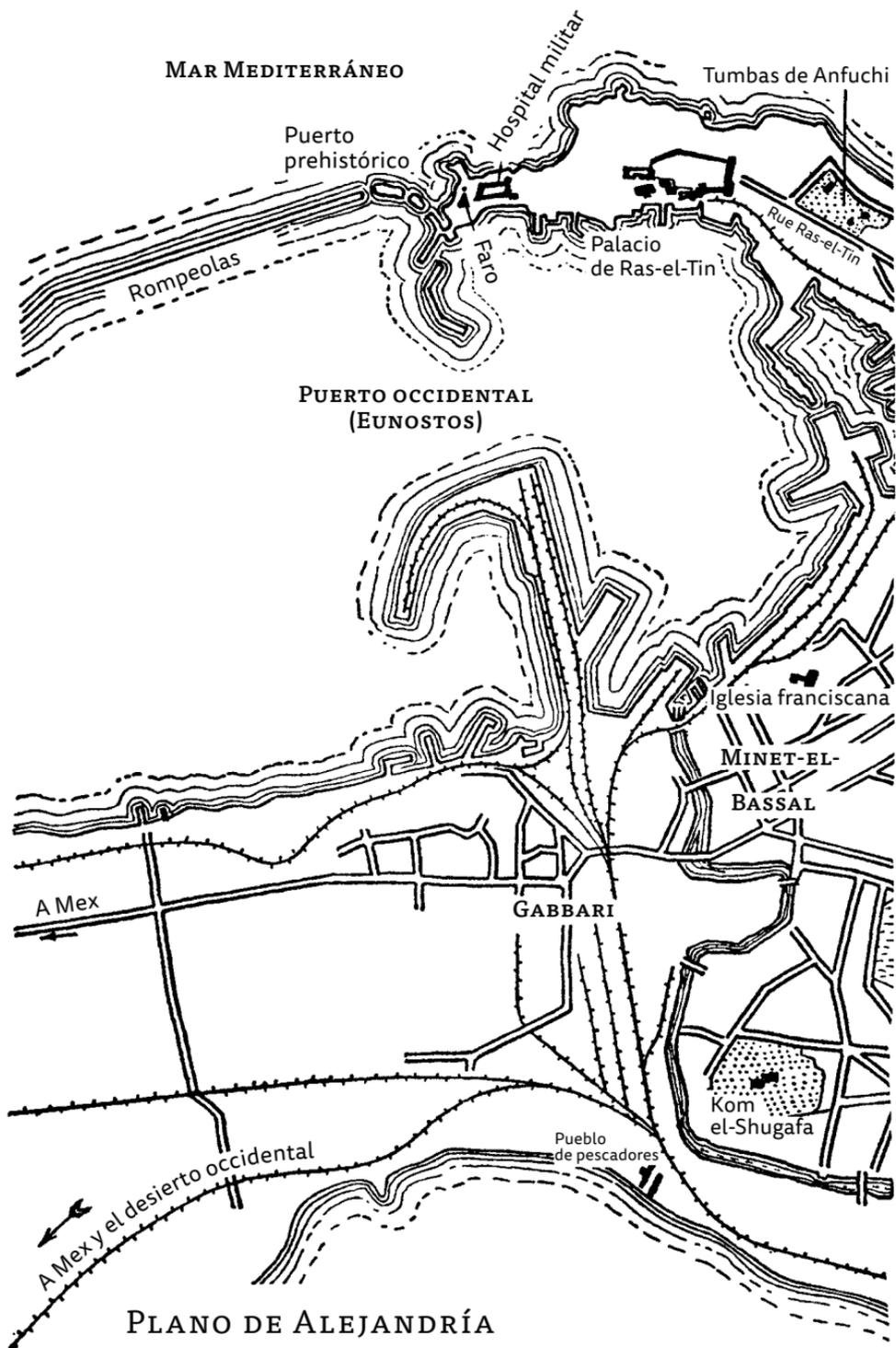
PRIMERA PARTE
HISTORIA

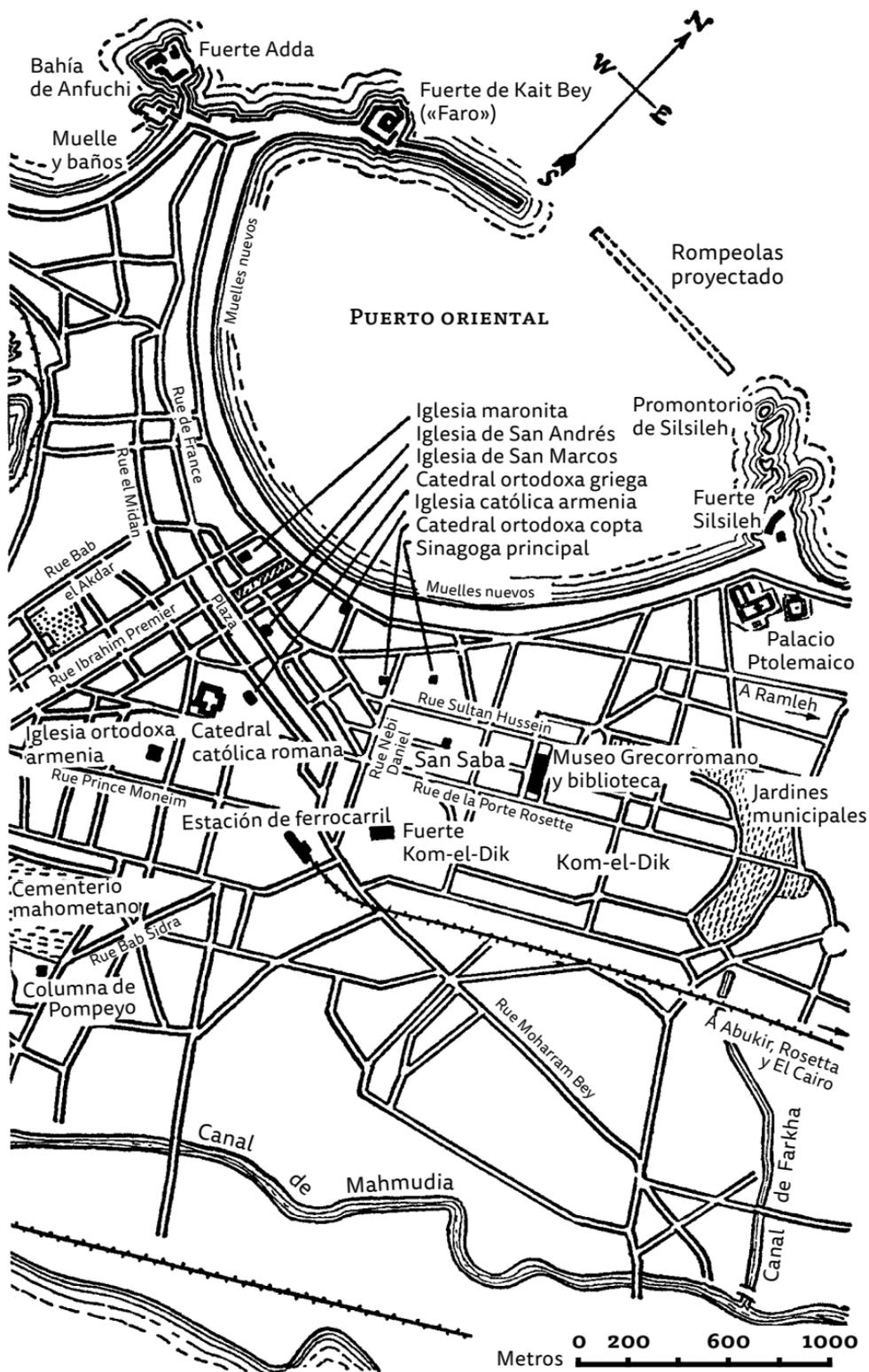
SECCIÓN I PERIODO GRECOEGIPCIO

LA TIERRA Y LAS AGUAS

La situación de Alejandría es curiosísima. Para comprenderla debemos remontarnos a miles de años atrás. Hace siglos, antes de que hubiera civilización en Egipto, o de que se formara el delta del Nilo, todo el territorio situado al sur, hasta El Cairo, yacía bajo el mar. Las costas de este mar eran un desierto de piedra caliza. El litoral era generalmente uniforme, si bien en el ángulo noroeste sobresalía de la masa principal un promontorio extraordinario. Medía a lo sumo un kilómetro y medio de anchura, pero muchos de longitud. Su base no está lejos del moderno Bahig. Alejandría se alza en la mitad de dicho promontorio, cuyo extremo es el cabo de Abukir. A ambos lados había aguas profundas y saladas.

Transcurrieron los siglos y el Nilo, que brotaba de su grieta más arriba de El Cairo, siguió arrastrando consigo los lodos del Alto Egipto y depositándolos tan pronto como su corriente perdía fuerza. En el ángulo del noroeste, los lodos se encontraban con el obstáculo del citado promontorio y se acumulaban junto a él. Era un refugio, no sólo del mar exterior, sino también del viento predominante. Aparecieron tierras de aluvión; se formó el lago Mariut, inmenso y poco profundo; y la corriente del Nilo, incapaz





de escapar a través de la barrera de piedra caliza, dio la vuelta al cabo de Abukir y penetró en el mar exterior a través de lo que en tiempos históricos se conocía como «boca canópica».

Esto viene a explicar una característica del paisaje alejandrino: la larga y estrecha cadena de cerros que por el norte linda con el mar y por el sur con un lago y campos llanos. Pero no explica por qué Alejandría tiene puerto.

Al norte del promontorio, y más o menos paralela a él, se extiende una segunda cordillera de piedra caliza. Es mucho más corta que el promontorio, así como mucho más baja, y con frecuencia se presenta en forma de arrecifes situados debajo de la superficie del mar. Diríase que carece de importancia. Pero sin ella no existiría puerto (y, por consiguiente, tampoco ciudad), ya que amortigua la fuerza de las olas. Empieza en Agame y continúa en forma de una serie de rocas que van de una parte a otra de la entrada del puerto moderno. Reaparece después para formar el promontorio de Ras-el-Tin, cuyo contorno recuerda la cabeza de un martillo, se transforma luego en una segunda serie de rocas que cierran la entrada del puerto oriental y hace su última aparición en el promontorio de Silsileh, tras lo cual se une al promontorio grande.

Éstos son los principales rasgos de su ubicación; una cadena de cerros de piedra caliza, con puertos a uno de sus lados, y terrenos de aluvión en el otro. Es un emplazamiento único en Egipto y los alejandrinos nunca han sido verdaderamente egipcios.

LOS MEJORES PUNTOS DE OBSERVACIÓN EN LA CORDILLERA SON:

LAS CANTERAS SITUADAS MÁS ALLÁ DE MEX: pág. 243.

LA COLINA DE ABU EL-NAWATIR: pág. 236.

MONTAZA: pág. 245.

EL CABO DE ABUKIR: pág. 257.